

CAPITULO X.

CONSEJO DE GUERRA.—LOS ESPAÑOLES EVACUAN LA CIUDAD.—NOCHE TRISTE.—TERRIBLE MATANZA.

—HACEN ALTO POR LA NOCHE.—PERDIDAS QUE TUVIERON.

(1520.)

YA no se disputaba sobre la necesidad de evacuar la ciudad; las dudas recaian solamente sobre el momento de hacerlo y sobre el camino por donde debia verificarse la retirada; para deliberar sobre todo lo cual convocó un consejo de guerra el comandante español. Proponíase retirarse á Tlaxcalan y desde allí determinar segun las circunstancias se presentasen, sus futuras operaciones. Después de alguna discusion, se convino en tomar el camino de Tlacopan, el cual era ciertamente mas largo que cualquiera de los dos por donde habian entrado; pero precisamente por esta causa seria

tambien el menos vigilado y siendo por otra parte, la calzada menos larga, por ella se podia llegar antes á tierra firme y ponerse comparativamente en salvo.

En cuanto á la hora de la salida hubo diferencia de opiniones: algunos proponian que se hiciese de dia, para poder ver y calcular todos los peligros que les rodeasen y precaverse contra ellos; mientras que la oscuridad dificultaria sus movimientos, sin dificultar los del enemigo que conocia perfectamente el terreno: además, de noche habria mil obstáculos para obrar de concierto, para obedecer y aun para saber las órdenes del general. Pero los de dictámen contrario replicaban que seria mas conveniente salir de noche, pues el enemigo no acostumbraba pelear á aquella hora: decian que las operaciones ofensivas que habian hecho últimamente los españoles, debian tener descuidados á los mexicanos, que no podian sospechar que aquellos iban á verificar tan pronto su retirada; y que por otra parte, se podian alejar de la ciudad con celeridad y precaucion, por manera que no se descubriese su retirada, la que una vez verificada, ya no habia que temer.

Cuentan que este último parecer fué corroborado por un soldado llamado Botello, que se preciaba de conocer los misterios de la astrología judiciaria. Habia cobrado gran fama entre el ejército por haber hecho algunas predicciones que se habian cum-

plido; predicciones que felizmente se habian realizado, y que entre la crédula multitud pasaban por cálculos. ¹ Este hombre aconsejó á sus compatriotas que de cualquiera manera que fuese, procurasen salir de la ciudad por la noche, por ser la hora mas propicia para ellos, aunque para él debia ser aciaga. El éxito probó que el astrólogo acertó con su horóscopo, aunque no con el de sus compañeros. ²

Acaso las predicciones de Botello tendrian alguna parte en las determinaciones de Cortés, porque la supersticion era el rasgo predominante de aquella época, y el general como ya lo hemos visto, tenia su buena dosis de supersticion: por otra parte en los momentos aciagos, se ven los hombres dispuestos á creer en lo maravilloso. Pero lo mas probable es, que siendo la opinion del astrólogo, acorde con su propio dictámen, se haya valido de los consejos de aquel para dominar á sus soldados é inspirarles mayor confianza. Sea de esto lo que fuere es el caso que determinó abandonar de noche la ciudad.

¹ Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

El astrólogo predijo que Cortés, se veria reducido al último extremo de miseria y que despues tendria grandes honores y fortuna. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128. Mostróse en esto tan eminente en su arte, como la sibila india que predijo el destino de la deaventurada Josefina.

² "Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió." Ibid, ubi supra.

El primer cuidado del general fué asegurar el transporte del tesoro. Como hemos dicho en otra parte, muchos de los soldados habian convertido el oro que les habia tocado del botin, en cadenas, collares y otros objetos portátiles. Pero el real quinto y el de Cortés, y gran parte del rico botin de los capitanes, habia sido fundido en barras y tejos, y depositado en uno de los salones del palacio. Cortés confió el quinto de la corona á los regidores y alcaldes, y les dió para que lo llevaran una muy buena yegua y algunos soldados castellanos. ¹ Gran parte del tesoro, tanto de la corona como de los particulares, fué preciso abandonarlo por falta de medios de transportes. El oro estaba amontonado en el suelo, excitando la codicia de los soldados. "Tomad el que querais," les dijo el general, "que mejor es

¹ El lugar donde iba el tesoro se ignora á punto fijo, aun que se sabe de cierto cuál fué la suerte que corrió. El general no estuvo exento de que se le acusara de negligencia, y aun con mas sinrazon todavia, de peculado. La noticia que yo doy en el texto está tomada sustancialmente de las declaraciones juradas que dieron los principales actores de aquel drama, y que constan en la Probanza á que tantas veces me he referido. "Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas é le dió é entregó á los otros oficiales Alcaldes y Regidores, é les dijo á la sazón que así se lo entregó que todos viesan el mejor modo é manera que habia para lo poder salvar; que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuere posible é poner su persona á cualquiera trance é riesgo que sobre lo salvar viniese.... el cual les dió para ello una muy buena yegua é cuatro ó cinco españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dicha yegua cargada con otro oro." Probanza hecha á pedimento de Juan de Lexalde.

esc, que no el que le cojan estos perros; ¹ pero cuidado de no llevar tanto que os estorbe, pues en la oscuridad de la noche se camina con mas seguridad mientras menos peso se lleva." Los mas de sus antiguos compañeros de armas, siguieron el consejo y solo cogieron ciertos artículos de poco bulto, aunque tal vez de mucho valor; ² pero los reclutas de Narvaez, ávidos de riquezas de que tanto habian oido hablar y de que hasta ahora habian visto tan poco, no fueron igualmente discretos. Parecióles que tenian delante todas las minas de México, y echándose sobre el fatal tesoro, no solo cogieron con avidez lo que cómodamente podian llevar consigo, sino cuanto cupo en sus alforjas, maletas y demás medios de transporte que hubieron á las manos. ³

Cortés dispuso inmediatamente la marcha. La vanguardia la componian doscientos infantes é iba al mando del valiente Gonzalo de Sandoval, ayudado de Diego de Ordaz, Francisco de Lujo y cosa de

¹ "Desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros." Bernal Diaz, *Ibid*, loc. cit. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47.

² Bernal Diaz nos cuenta que él se contentó con cuatro "chilchivites," la gran piedra verde tan estimada de los indios, los cuales escogió de los cofres de Cortés antes que el mayordomo del rey uviese tiempo para guardarlos; precaucion prudente pues que le sirvieron para comprar víveres y medicinas en las grandes escasejis que padecieron despues. *Ibid*, loc. cit. ³ Oviedo, *Ibid*, ubi supra.

otros veinte ginetes. La retaguardia, compuesta del grueso de la infantería, iba á las órdenes de Alvarado y Velazquez de Leon. El general mandaba el centro ó la "batalla" en la cual iban los bagages, los gruesos cañones (aunque algunos de ellos venian á retaguardia), el tesoro y los prisioneros. Eran estos: un hijo y dos hijas de Moteuczoma, Cacamac, el depuesto rey de Tetzoco, y otros varios nobles á quienes Cortés habia retenido cautivos para que en sus negociaciones futuras con el enemigo, le sirviesen de prendas. Los tlaxcaltecas estaban distribuidos casi igualmente entre las tres divisiones. Cortés llevaba bajo sus inmediatas órdenes cien de sus antiguos veteranos armados de lanzas, y á Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Avila y á otros dos ó tres hidalgos que formaban un cuerpo selecto, spuestos á acudir á donde fuese necesario.

El general habia mandado construir un puente portátil para echarlo sobre los canales y poderlos pasar. Confiólo á un oficial nombrado Magarino que llevaba cuarenta soldados, con orden de defender el paso hasta la última estremidad. El puente debia levantarse luego que hubiese pasado todo el ejército, y ser llevado al canal inmediato. Habia en la calzada tres fosos, y ojalá que la prevision del general hubiese hecho construir otros tantos puentes, que muy diferente hubiera sido la suerte del ejér-

cito; pero el trabajo que costaba hacerlos era mucho y el tiempo de que se podia disponer era poco.¹

A la media noche ya estaban las tropas sobre las armas, dispuestas para emprender la marcha. Dijose misa por el padre Olmedo que invocó la ayuda del cielo en los tremendos peligros de aquella noche. Abriéronse las puertas de la fortaleza, y el 1º de Julio de 1520, dejaron los españoles para siempre aquellas murallas testigos de sus horribles padecimientos y de su indómito valor. §

La noche estaba oscura, y aumentaba su horror la lluvia que caia á torrentes y sin intermision. La gran plaza de frente á la fortaleza estaba tan desierta como lo habia estado desde la muerte de Mo-teuczoma. Los españoles atravesaron callada y cautamente la calle real de Tlacopan, que hacia poco

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 143. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 47.

² Hay algunas dificultades para determinar exactamente la fecha de la salida, como sucede con casi todos los sucesos de la conquista, á causa de que la cronología pareció cosa supérflua á los antiguos cronistas. Ixtlilxochilt, Gomara y otros, dicen que fué el 10 de Julio; pero esto es abiertamente contrario á lo que dice Cortés, quien asegura que el ejército llegó á Tlaxcallan el 8 (no el 10 de Julio, como equivocadamente copió Clavijero, Stor. del Mess., t. III, págs. 135, 136, nota.) Y del exacto itinerario del general resulta que abandonaron la capital en la noche del último de Junio, ó por mejor decir, en la madrugada del 1º de Julio. El añade que esto fué la noche siguiente á la accion que tuvieron en los puentes, en la ciudad. Compárense las páginas 142 y 149 de la Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana.

tiempo habia resonado con el estrépito y tumulto de la batalla. Todo estaba hundido en el silencio, y lo que únicamente venia á recordar á los españoles lo pasado era uno que otro cadáver ó un monton de ellos, en los lugares en que mas refida habia sido la refriega. Al pasar los españoles por las callejuelas y encrucijadas que iban á desembocar en la calle principal, veian los canales cuya tersa superficie brillaba con una especie de lustre negro como de ébano, y les parecia divisar las sombras de enemigos ocultos en acecho y prontos á precipitarse sobre ellos; pero no era mas que una vision, pues la ciudad dormia tranquila, sin que su sueño fuese interrumpido mas que por el prolongado eco de las pisadas de los caballos, y por el sordo rumor de los bagages y la artillería. Por último, descubrieronⁱ mas allá de una oscura línea de casas, un espacio iluminado, que indicó á la vanguardia que habia legado á la entrada de la calzada. Alegrábanse ya de haber escapado de los peligros de un asalto en la ciudad misma, y de que pronto iban á estar comparativamente seguros, cuando vieron que no todos los mexicanos estaban durmiendo.

Ya al tocar al extremo de la calle y al entrar en la calzada, estando preparando el camino para echar el puente portátil, sobre la primera cortadura, fueron sentidos de los centinelas que habian sido apostados allí, lo mismo que en las demás entradas de

la ciudad, los cuales dieron la seña de alarma y huyeron dando gritos á donde estaban sus compañeros. Los sacerdotes que desde los teocallis velaban y tocaban las horas, difundieron al punto la noticia, tañendo sus atabales y el enorme tambor cuyos melancólicos tonos que solo se oían en las grandes calamidades, vibraron en el devastado templo del dios de la guerra, y se escucharon por todos los ángulos de la ciudad. Los españoles conocieron que no habia tiempo que perder: hicieron traer y echar el puente con la mayor celeridad. Sandoval fué el primero que puso á prueba la resistencia del puente, atravesándolo con su puñado de ginetes, sus doscientos infantes y sus aliados tlaxcaltecas que formaban la primera division. Luego llegó Cortés con sus escuadrones, sus cañones y bagages; pero antes de que hubiese acabado de desfilarse, se oyó que se acercaba un rumor semejante al que hace un bosque cuyo follage es agitado por el huracan. El ruido crecía mas y mas á cada instante, al mismo tiempo que en la oscura superficie de las aguas se percibía un chasquido como de muchos remos. Despues llegaron algunas que otras piedras y saetas descarriadas, que pasaban por entre las presurosas tropas. A pocos instantes las piedras y las saetas caían á millares, y atronaba los cielos el chillar de millares de millares de indios que parecia que de un golpe habian inundado la tierra y el lago.

Los españoles proseguian imperturbables su camino en medio de aquella granizada; pero los bárbaros acercaban sus canoas á las orillas de la calzada, saltaban á tierra é intentaban romper las filas castellanas. Los españoles, que lo que deseaban únicamente era escaparse, evitaban todo combate que no tuviese por objeto la preservacion. Los ginetes acometian con el caballo sobre los enemigos y pasaban por encima de su cuerpo derribado; los infantes se abrian paso con la punta de su acero ó la culata de sus mosquetes, y arrojaban á los enemigos á las orillas de la calzada.

Pero la marcha de un ejército de algunos miles de hombres, por un desfiladero que solo tenia el ancho bastante para quince ó veinte, era por precision larga; así es que la vanguardia ya habia llegado á la segunda cortadura, y la retaguardia todavia no acababa de pasar la primera. Tuvieron, pues, que hacer alto, por no tener modo de pasar adelante, resistiendo entretanto la incesante hostilidad de los indios que cerca de los fosos estaban aglomerados en mucho mayor número. La vanguardia que estaba en el mayor aprieto, mandaba repetidos recados á los de atrás para que se diesen prisa á pasar y les envasen el puente portátil. Por último, atravesóle todo el ejército, y Magarino y sus robustos compañeros procuraron levantar la pesadísima máquina; pero se habia enterrado de los dos lados de

foso. Todos los esfuerzos para removerla fueron inútiles: el peso de tantos hombres y caballos, y sobre todo, de la artillería, habia enterrado tan de firme las vigas en la tierra y las piedras, que no habia fuerza bastante á sacarlas. Fuera de esto, tenian que ejecutar aquella maniobra en medio de una nube de proyectiles; por lo que despues de muertos muchos y de heridos todos, tuvieron que desistir de todas sus tentativas.

La noticia se fué propagando de uno en uno hasta llegar á oídos de todo el ejército: entonces se escuchó un grito de desesperacion que aumentó por un instante el horror de aquel lance. Faltaban todos los medios de retirarse: ya no quedaba esperanza ninguna, fuera de la que cada cual pudiese tener en sus propios esfuerzos: acabaron la subordinacion y la disciplina: y como el sumo peligro produce el sumo egoismo, todos pensaban nada mas que en su vida: al andar pisoteaban á los muertos y heridos sin cuidarse de si eran compañeros ó enemigos. Las prolongadas filas de los españoles, batidas por la retaguardia, se apiñaban y huian hacia la orilla del lago. Sandoval, Ordaz y los demas ginetes se arrojaron al agua: algunos de ellos lograron atravesar á nado el foso; pero otros no lo consiguieron, y algunos que llegaron á la orilla opuesta, al dar el salto ie fueron de cabeza al agua con caballo y todo. La infantería caminaba en la mayor confusion y desór-

den, acribillada por las saetas de los aztecas y recibiendo sus golpes. Algunos desventurados soldados fueron arrastrados medio aturcidos á bordo de una canoa y conducidos adonde su muerte solo fuese retardada para hacerla mas horrible.¹

La matanza fué horrenda en la calzada. Las gruesas filas de los españoles presentaban un blanco seguro á los proyectiles de los indios, los cuales en el furor del combate, solian matar hasta á sus mismos camaradas. Los que estaban cerca de la calzada arimaban á ella con tal fuerza sus canoas, que se rompian estas con el choque; saltaban á tierra y se abalanzaban sobre los cristianos hasta que los unos y los otros caian juntos en el agua; pero el azteca caia entre sus amigos y su antagonista era conducido en triunfo al sacrificio. En medio de aquel combate se escuchaba un horrísono clamor, en el cual se confundian los espantosos gritos de venganza con los ayes de los agonizantes, las invocaciones á los santos con los lloros y lástimas de las mujeres, y pues es de saberse que en el campo cristiano las habia

1 Ibid, pág. 143. Camargo, Hist. de Tlaxcallán, MS. Bernal Diaz, cap. 128. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 13, 47. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 24. Mártir de Orbe Novo, dec. 5, cap. 6. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 4. Probanza en la Villa Segura, MS.

2 "Pues la grita y lloros y lástimas que decian demandando socorro: ayúdame que me ahogo, otros: socorredme que me matan; otros demandando ayuda á Nuestra Señora Santa María y á Señor Santiago." Bernal Diaz, ibid, ubi supra.

tanto naturales como españolas. Entre estas se hallaba Doña María de Estrada, célebre por el valor que mostró en esta ocasión en que peleó con su espada y su adarga, como el más fuerte de los conquistadores.¹ El foso se había llenado con los restos de las cosas que habían pasado por allí, de cajas de municiones, de cureñas de cañón, de tercios de telas, de cajitas llenas de barras de oro, de cuerpos de hombres y de caballos, &c., hasta que por último estos restos fueron tantos que por sobre ellos pudieron los de la retaguardia pasar al otro lado. Dicen que Cortés encontró un punto que era vadeable, y que haciendo alto aunque el agua le llegaba hasta la cincha del caballo, procuró contener el desorden y llevar á sus compañeros por un lugar menos inseguro, hasta la orilla opuesta; pero su voz se perdía entre la bélica algazara. Finalmente, se

¹ Y así mismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual con una espada y una rodela en las manos hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos, con tanto coraje y ánimo como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada que era muger. . . . Casó esta señora con Pedro Sanchez Farfan, y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela." Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4, cap. 72.

² Camargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS. Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

"Por la gran prisa que daban de ambas partes del camino comenzaron á caer en aquel foso y cayeron juntos qué de españoles, qué de indios y caballos y de cargas y el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagage quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos." Sahagun. *Hist. de la Nueva-España*, MS., lb. 1, cap. 24.

adelantó á toda prisa, acompañado de los bravos caballeros que iban con él y llegó á la vanguardia, habiendo visto morir á su lado á su escudero Juan de Salazar. Allí encontró á Sandoval con los suyos, detenido á la orilla de la tercera y última cortadura, el cual procuraba alentarlos para que la salvaran; pero eran infructuosas las tentativas, pues aquella era ancha y profunda; aunque por otra parte, los enemigos no hostilizaban tanto aquí como en las otras dos. Los ginetes dieron el ejemplo entrando en el agua. Los caballos y los hombres se echaron en seguida como pudieron, unos á nado, y otros asiéndose de las crines y colas de los animales. Los que mejor salieron, fueron como el general lo había predicho, los que iban menos cargados; mientras que cupo una suerte infeliz á muchos de los que, agobiados por el oro que tanto codiciaban, encontraron su tumba en las salobres aguas del lago.¹ Cortés y sus valientes Hidalgos. Olid, Morla, Sandoval y otros pocos siguieron avanzando, procurando sacar á los restos del ejército, de aquella fatal calzada. El estrépito del combate disminuía con la distancia, pero á poco tiempo les llegó la noticia de

¹ "E los que habían ido con Narvaez arrojáronse en la sala á cargáronse de aquel oro y plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no les dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados, é á otros los llevaban arrastrando, é y otros mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera." Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS.; lib. 33, cap. 47.